

El símbolo del microcosmos en el imaginario medieval

● MAURICIO BEUCHOT

En esta ponencia deseo reflexionar sobre una idea muy presente en la Edad Media, pero que, sin embargo, es muy antigua y, sobre todo, muy olvidada por la modernidad: la del hombre como microcosmos. La imagen del hombre como microcosmos es antigua. Lo ha orientado desde hace mucho; por lo menos desde los griegos. Y ha estado vinculada con la religión. Lo estuvo mucho con la religión cristiana; por eso fue muy querida de los medievales. El hombre como imagen de Dios e imagen del universo.

En efecto, es la idea del hombre como un compendio del universo, del cosmos o macrocosmos, que tiene en su propio ser los principios de todas las clases de seres. Lo mineral, lo vegetal, lo animal y lo espiritual se dieron cita en él, de modo que contiene y refleja todo lo existente. Por eso es la idea de que el hombre es un icono del mundo, pues manifiesta todas las cosas en sí mismo, como su imagen y semejanza; y también es la idea de que el hombre es un análogo del cosmos, pues por esa semejanza que mantiene con todas ellas las conoce experiencialmente; es un mundo menor. De hecho deberíamos decir que no sólo la imagen del hombre como microcosmos ha sido imagen de Dios, compendio, horizonte y límite del universo, sino también el icono del ser, la imagen más completa del ser mismo, en la que captamos la riqueza del propio concepto del ser.

Pero es una imagen peligrosa, ya que de la imaginación, del imaginario, surgen tanto el icono como el ídolo. Por eso es peligrosa, porque puede dejar de ser icono y convertirse en ídolo. Así, al hom-

bre la imagen del microcosmos puede servirle para abrirse a lo otro, a la alteridad, o para encerrarse en sí mismo, dependiendo de que funcione como icono o como ídolo. Si el hombre ve su carácter de microcosmos como un ser icono, un análogo del mundo, abraza a las cosas y a los demás hombres. La imagen del hombre como microcosmos, si es icono, si está iconizada, lo hace hermanarse con todo; si es ídolo, si está idolizado, idolatrado por él mismo, lo hace rehuir todo, lo enmascara; lo daña a él mismo y a lo demás. Tiene que ser icono, y no ídolo.

Todo lo que hacemos lleva detrás una idea del hombre. La idea del hombre como microcosmos moldea una teoría antropológico-filosófica peculiar. Por eso tal vez más que una idea sea una imagen, una metáfora, un símbolo. Por eso, como símbolo, no sólo da una teoría explicativa, sino además una comprensión hace vivir más plenamente; da más sentido para vivir. Planteado el hombre como microcosmos, resultará una antropología filosófica peculiar, y no sólo eso, sino que impregnará todas las demás ramas de la filosofía.

La imagen del hombre como microcosmos atraviesa la historia. Desde tiempos casi míticos, pues es atribuida al dios egipcio Tuth o Toth, el Hermes griego y el Mercurio romano, el patrono de los hermeneutas, de la hermenéutica. Es recogida por el cristianismo, en la patrística y la Edad Media; resurge con mucho impulso en el Renacimiento y en el barroco, pero decae en la modernidad. Después de alguna breve presencia en el romanticismo (por ejemplo, en el Fausto de Goethe), no es recuperada hasta la época contemporánea, por autores como Scheler y Jung. ¿Por qué decae en la modernidad? No parece que sea sin motivo, ya que en la modernidad se endurece la idea del hombre por virtud del mecanicismo, y se pierde la conciencia de su vinculación con el cosmos, cosa que sólo tendrá algunos atisbos en los pensadores románticos. Mas ahora que se trata de potenciar el contenido humanista de nuestra época, aunque distinto de las otras, nuevo, conviene retomar esta imagen del microcosmos. Será muy importante para ello.

En efecto, según la vivencia que de ella tuvieron los medievales, en concreto Juan Escoto Erigena, el hombre contiene en su ser a to-

das las creaturas (*universam creaturam*).¹ Otro medieval, Bernardo de Tours, llega a poner a su obra el título *De mundi universitate, sive Megacosmus et Microcosmus* (es decir, *De la totalidad del mundo, o el megacosmos y el microcosmos*). Esta imagen estuvo entre los monjes cartujos, esto es, los de la abadía de Chartres, que habitaban un mundo simbólico, como el de las catedrales y sus vitrales, cosa que se refleja en los escritos de Pedro de Blois;² y lo mismo se ve en los canónigos victorinos, esto es, los de la abadía de San Víctor, que tenían una mística llena de luz, basada en una exégesis alegórica y espiritual de la Biblia, manifestada en los escritos de Hugo de San Víctor;³ y, sobre todo, los de Godofredo de San Víctor, quien deja una célebre obra con el significativo título de *Microcosmus*.

Pero también se encuentra, posteriormente, en la reflexión de san Buenaventura, en su *Itinerario de la mente hacia Dios*, y en muchos pasajes de santo Tomás. La imagen del microcosmos implica que el hombre participa de los diversos reinos del ser, y no solamente de manera cognoscitiva y emotiva, sino incluso ontológica: él es, de alguna manera y en una pequeña medida al menos, todo. Esta manera es la participación; participa de todos los modos de ser: el mineral, el vegetal, el animal, el espiritual. La imagen del hombre como microcosmos también implica la jerarquía de los seres. El espíritu (con su grado supremo ocupado por Dios) es lo más elevado; el hombre es el grado intermedio, y el mundo material el ínfimo. Y el hombre participa de todos, y puede elevarse a lo más alto del espíritu, o puede elegir ser algo inferior. Esto lo expresa muy bien Fernán Pérez de Oliva, ya en el renacimiento español e italiano: "Porque como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere. Es como planta o piedra, puesto en ocio, y si se da al deleite corporal, es animal bruto; y si quisiere, es ángel, hecho para contemplar la cara del Padre..."⁴ Es la herencia medieval en los renacentistas, que usan el viejo símbolo para nuevos pensamientos.

¹ Cfr. J. Escoto Erigena, *Periphyseon seu De divisione naturae*, IV, 4, PL 122, 755B.

² Cfr. P. de Blois, *Libér divinorum operum*, I, 2, PL 197, 75.

³ Cfr. H. de S. Victor, *De medicina animae*, I, PL 176, 1183.

⁴ F. Pérez de Oliva, *Diálogo de la dignidad del hombre*, en *Obras escogidas de filósofos*, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, vol. 65, pp. 390b-391a.

La imagen del microcosmos también implica la idea de que el hombre es un límite, horizonte o frontera de todos los reinos del ser, es un ser privilegiado, colocado en el entrecruce de todos, y recorrido por todos. Hasta hubo en algunos pensadores cristianos la idea de que el hombre tenía un lugar más privilegiado que el del ángel en el plan divino, porque ellos no participan de lo material. Esto llevó, más allá del platonismo ambiente, a una revalorización del cuerpo humano, como parte esencial suya, según el plan de Dios, y no sólo el espíritu, por elevado que fuera. También implica la idea de la alta dignidad humana, ya que es el punto de encuentro de todos esos reinos, poseedor de la experiencia viva, del conocimiento empático del existir de todos esos aspectos. Y, además de ayudar a ver el puesto del hombre en el cosmos, también ayuda a confeccionar la moral y hasta la utopía que le es propia, con base en esos aspectos que son todos suyos, y que no se pueden descuidar ni relegar, so pena de desequilibrar el todo humano. También implica la idea de que el hombre es un espejo del universo, que refleja todo en sí mismo, por lo cual puede especular sobre él y expresarlo o significarlo. Como un icono.

Por esta condición de espíritu encarnado, el hombre era considerado como el pontífice (*pontifex*) de la creación, en el doble sentido de sumo sacerdote y de constructor de puentes, entre los distintos imperios de la realidad. Esto se ve sobre todo, según el cristianismo, en la persona de Jesucristo, que reúne en sí la dimensión de la criatura y la del Creador.

Pero, de manera especial, el hombre es la imagen del mundo universo (*imago mundi*), y también la imagen de Dios (*imago Dei*); todo ello le confiere una dignidad sin par. Es el icono más representativo del universo creado, y aun del Creador, el *análogon* de la creación y de Dios. Es analógico-icónico con todo el universo. Algo que también fue visto en la tradición cristiana, por ejemplo por san Máximo el Confesor, es que trascendemos la división de lo material y de lo espiritual en nosotros mismos; en nuestro propio ser conjuntamos la materia y el espíritu, el varón y la mujer, la criatura y el Creador, todo por el poder del amor (el *ágape*, más allá del *eros*), con lo cual el hombre es el vínculo de todo el uni-

verso.⁵ Porque ciertamente Dios contiene en sí todas las cosas, en las ideas ejemplares que tiene de ellas, pero las posee de un modo espiritual, no material (ya que respecto de Él las perfecciones materiales son imperfección), pero en el hombre se da (aun con la imperfección) todo conjuntado. El puede armonizar todo. Por eso dice, en el siglo XIII, Roberto Grosseteste:

Sostengo que el hombre se asemeja al Creador más de lo que cualquier otra criatura lo hace, pues así como todas las cosas están en Dios como en su causa, así también todas brillan en el hombre como en su efecto, por lo cual es llamado mundo menor. Y ya que él es el mejor de todas las criaturas, siendo igual a todas juntas y no igualado por ninguna, ellas comúnmente le deben obediencia natural; y así es la imagen de Dios. El Señor dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Le dio el dominio sobre todas las cosas, pues el hombre fue concebido como el modelo del universo.⁶

El hombre es, pues, el modelo, el paradigma o el icono de todo el universo. Estudiar al hombre como microcosmos nos podrá llevar a un gran enriquecimiento de nuestras relaciones con el mundo, nos dará una clave para nuestra antropología filosófica. Aunque no es semejante a todo el cosmos sino en algunos aspectos (no en todos), se da en él una semejanza icónica, que hará, como dice santo Tomás, que realice en sí mismo el orden cósmico, y lo plasme en las cosas humanas: "El orden del universo es el fin de toda la creación. Pero en el hombre hay una suerte de semejanza del orden del universo, y por eso es llamado un mundo pequeño, porque todas las naturalezas como que convergen en el hombre".⁷ Y no sólo nos conducirá a una antropología filosófica diferente de la que ahora tenemos, sino a una nueva ética y hasta a una nueva metafísica, más acorde con el hombre mismo. Más humanas, con más sentido para dar al ser humano en su vida, en su camino por el

⁵ S. Máximo el Confesor, *Ambigua*, 41; PG, XCI, 1305a-c.

⁶ R. Grosseteste, *De confessione*, traducido por J. Mc Evoy en su obra *The Philosophy of Robert Grosseteste*, Clarendon Press, Oxford, 1982, p. 408.

⁷ Sto. Tomás de Aquino, *In II Sent.*, d. 1, q. 2, a. 3.

Misterio, hacia el Absoluto. Lejos de encerrarnos en la subjetividad, como hizo la edad moderna, nos abrirá a la objetividad, la alteridad y la trascendencia. La dignidad del hombre radicará en su capacidad de relacionarse con todas las esferas del cosmos y de relacionarlas entre sí. Esto lo hará cultivarlas con su ciencia y su técnica, pero también respetarlas con la veneración de lo empático, de aquello de lo que formamos parte, porque nos sentimos parte de un todo, de manera más holística de lo que se ha hecho hasta ahora. Y también sin perder las diferencias, los límites.

Quiero terminar esta ponencia con unas atinadas y promisorias palabras de Norris Clarke:

Me gustaría sugerir, para todos aquellos que todavía admiten niveles de ser dentro de un universo integrado, con un mundo espiritual que se extiende más allá del material y le da significado —y aún hay muchos que lo hacen—, que estas antiguas ideas del hombre como ser fronterizo y como microcosmos son justas, válidas, enriquecedoras y que pueden nutrirnos de manera indispensable hoy como lo hacían en el periodo cristiano primitivo, medieval y renacentista, interpretadas ciertamente en su sentido metafísico auténtico y purificadas de las varias exageraciones literalistas que las recrudecieron a lo largo del camino.⁸

Y preconiza que la restauración y la colocación de estas ideas seminales en un lugar de honor en nuestro pensamiento contemporáneo tendrán consecuencias de largo alcance para la filosofía, la teología, la ecología, la espiritualidad y la integración psicológica.

Sólo hay que tener cuidado con la misma imagen del hombre como microcosmos. No hacer de ella un ídolo, sino un icono. Respetar su carácter de orientación analógica, no darle uno de imposición univocista ni de dispersión equivocista. El hombre es la imagen de Dios, no un usurpador que se entronice en su lugar, como ha hecho muchas veces. Al llevar en su alma la imagen de Dios, lleva también la imagen de sus prójimos, de los otros. A captarlo le ayuda la misma iconicidad, pues un icono reconoce a otro icono, y ambos

⁸ W. Norris Clarke, "Living on the Edge: The Human Person as 'Frontier Being' and Microcosm", en *International Philosophical Quarterly*, 36 (1996), pp. 196-197.

sirven a su prototipo o imagen original. Pero el ídolo desvía, desencamina; y hace que el hombre rechace a su original superior, y que además rechace a los otros como semejantes. Los ve como distintos, como opuestos. La conciencia del hombre como imagen icónica del universo es la que puede hacerlo ver a los otros como hermanos.